

soy mas que vos. Vos comprendeis muy bien que aqui no se trata del nacimiento que nada añade al mérito; creo que no pondreis en duda que por mis luces y conocimientos soy superior á vos. Hasta ahora no sabeis sino lo que os he enseñado, que es nada, en comparacion á lo que me falta que enseñaros. En cuanto á autoridad, vos no teneis ninguna sobre mí, y yo, por el contrario, la tengo plena y entera sobre vos; el rey y vuestro padre os lo han dicho repetidas veces. Tal vez creéis que puedo considerarme por muy dichoso al ejercer el cargo que tengo cerca de vuestra persona; yo le he tomado solo por obedecer al rey, y ahora voy á conducirlos á su presencia para rogarle que nombre otro preceptor al que yo deseo mas acierto que el que tengo. »

Un torrente de lágrimas fué la contestacion del niño á estas palabras, y Fenelon se ablandó al fin con sus ruegos.

Desde este dia comenzaron los progresos de la educacion del duque de Borgoña, y las lecciones de Fenelon alcanzaron el mas brillante resultado; no solo adornaron el talento natural de su discípulo, sino que operaron en él una transformacion que llamó la atencion general. El mismo autor que nos ha dicho lo que era el niño, va á decirnos lo que fué luego, gracias á Fenelon:

« De este abismo salió un príncipe afable, benigno, humano, moderado, sufrido, modesto; y humilde y austero, tanto y aún mas de lo que le permitia su rango. Dedicado exclusivamente á sus deberes, comprendiendo su inmensa importancia, no pensó sino en unir sus deberes de hijo y de súbdito con los de aquellos á quien estaba destinado. Su mayor dolor era la brevedad de los dias. »

Las dos educaciones.

Dos hermanas tenian cada una un hijo que educaban de distinto modo. La una, de carácter débil y condescendiente hasta el exceso, prodigaba á su hijo Fanfan las caricias, los juguetes de mas precio, dulces y trajes caprichosos. El

otro niño, llamado Emilio, habia sido educado severamente, en apariencia, mas sin embargo con un cariño verdaderamente prudente que parecia duro á la madre de Fanfan. Este poseia un almacen de confites y golosinas que devoraba á veces solo por la noche, y tenia otro de juguetes que á menudo se divertia en hacer pedazos por tener el gusto de renovarlos. Era, en fin, lo que se llama un niño mimado, que pedia medias de seda cuando estaba helando á mas y mejor; que queria aguas de olor para perfumar su pañuelo y sus bolsillos; que no le gustaban sino zapatos nuevos y hermosos trajes. ¿Qué sucedió al cabo? Que Fanfan padeció reumatismos atroces que le enrojecieron la nariz, con los ojos pitarrosos y las orejas hinchadas; el azúcar le echó á perder el estómago y sus dientes se quedaron mas negros que el carbon; se llegó á cansar de todo, y se convirtió en un muchacho antojadizo, fastidioso, lloron, endeble, enfermizo y tonto. Emilio, por el contrario, acostumbrado á las privaciones, jugando únicamente para desarrollar sus facultades físicas, sus comidas eran sanas y frugales, saltaba de la cama en cuanto se despertaba, sin caprichos ni mal humor, sincero, diligente y bondadoso, y por lo tanto su juicio era tan recto como vigoroso su cuerpo. Fué la dicha y la alegría de su madre, modelo entre sus compañeros, llegando á ser un hombre de bien y útil á la sociedad.

La educacion floja solo engendra seres degradados; solo la educacion viril y severa da hombres á la patria.

El discípulo rebelde.

Relacion de un discípulo del colegio de ***.

Tuve la desgracia de perder de muy pronto á mi padre y de tener una madre demasiado condescendiente que me daba todos los gustos, así fué que casi por fuerza fuí conducido al colegio, gracias á la enérgica voluntad de mi tutor. Ya era tiempo, pues habia cumplido catorce años, y

fuera de lo que se enseña en las escuelas primarias, no sabía nada absolutamente.

En aquel colegio habia unos sesenta internos, á mas de los externos, que eran numerosos.

Aquella escuela estaba admirablemente organizada, y en ella reinaba un régimen firme y vigilante, pero ilustrado y bondadoso á la vez. Los estudios eran excelentes y escogidos; las costumbres puras y tranquilas; dos maestros prudentes é instruidos, dedicados á la educacion de los internos, secundaban el director que era de avanzada edad. Todos los colegiales parecian dóciles, aplicados, y demostraban estar contentos con su suerte.

No era así el nuevo compañero que les habian dado ó mejor dicho, llevado por fuerza. Acostumbrado como estaba á completa independenciam, á hacer todas mis voluntades, declaré al entrar en el colegio que no me convendria aquel régimen casi claustral. Al retirarse mi tutor, me agarré á su ropa para irme con él, pero me rechazó rudamente. Traté de salir en su seguimiento, pero la puerta estaba bien cerrada; por mas que lloré, grité y me enfurecí nadie vino á abrirla.

Héme, pues, encerrado. Vagaba como un loco por el patio que estaba desierto; me parecia que estaba en una cárcel mas bien que en un colegio, en el asilo del trabajo y del estudio. Una ciega cólera se apoderó de mí como un verdadero frenesí. « ¡Yo me ahogo aquí! gritaba enfurecido; ¡me ahogo! ¿Qué? ¡No podré romper esta maldita yalla? ¿No podré saltar por encima de estas odiosas paredes? » Y daba vueltas por el patio como el leon en su jaula; extenuado por mis esfuerzos, me eché en el empedrado pegando á él mis lábios ardientes, y sollozando exclamaba: « ¡Qué tiranía! ¡Ay madre mia! ¿No vendrás á sacarme de este calabozo? »

Solitario estaba el patio en el momento en que me revolcaba furioso por el suelo; pero á poco oí la campana y los discípulos que venian á pasar el tiempo de recreo, y me levanté en seguida temiendo que se burlaran de mí, pero en aquel instante tomé una resolucion decisiva.

« Yo haré que los carceleros me abran la puerta; seré tan malo y tan díscolo, que no querrán tenerme aquí. Ya sé que me costará trabajo, pero, ¿qué pueden hacer? ¿Pegarme? ¡Ojalá lo hicieran, pues el mal trato me justificaria! ¿Encerrarme? El peor calabozo para mí son sus clases y sus salas de estudio. ¿Hacerme sufrir? Cualquier sufrimiento me parecerá leve en comparacion del trabajo á que me quieren obligar. ¿Privarme del recreo, de la comida ó de las distracciones? Será trabajo en valde, porque yo mismo me privaré de ello. ¡Animo, pues, y adelante! »

En tanto que yo formaba estos diabólicos propósitos, llegaron los discípulos al patio y comenzó el tiempo de recreo, que era alegre y animado como puede serlo entre niños cuya conciencia está satisfecha y su corazon tranquilo.

Yo permanecí obstinadamente en un rincon volviendo la espalda á los colegiales.

Se llegó á mí el maestro de clase, que era muy jóven, y mas que maestro de aquellos niños, parecia su hermano mayor y su compañero, á quien demostraban amar y obedecer con placer y prontitud. Él mismo los animaba en sus juegos y hasta tomaba parte en ellos. Como era natural, su solicitud se inclinó hácia el pobre olvidado cuya malicia no sospechaba; se acercó á mí y me dirigió algunas palabras cariñosas invitándome á ir á jugar con mis nuevos compañeros. Continué pegado á la pared y con los ojos bajos. Cansado por último de sus instancias que yo calificaba de persecucion, le miré con ojo arisco y le dije con malos modos: « Dejadme en paz. »

Al oír esta contestacion, no supo el jóven maestro si debia enfadarse ó tomarlo á risa; pero solo demostró compasion, y volvió á donde estaban sus demas discípulos que habian suspendido sus juegos esperando al nuevo compañero que les iban á presentar; al llegarse á ellos les dijo con naturalidad: « Está triste porque no ha salido nunca del lado de su madre; dejémosle tranquilo por ahora. »

En vez de ablandarme la bondad del jóven maestro, que no solo perdonaba mi lenguaje grosero, sino que trataba de

disculpase ante mis compañeros, fué todo lo contrario, pues me irrité aun mas. Habia yo creído que me hablaría con severidad, y me habia propuesto hablarle con insolencia; pero habiéndome privado de esta satisfacion con su bondad, creció mi ira, contando con vengarme en la clase.

Entretanto continuaron los juegos con animacion y algazara hasta que se volvió á oír la campana; en aquel instante, sin transicion alguna, reinó un silencio tan profundo, que no pude dominar un movimiento de admiracion. Subyugado yo mismo por el imperio de la disciplina, no me atreví á quedarme fuera de las filas de los discípulos, y llegué con ellos á la sala de clase. Todos se colocaron en su puesto, y abriendo sin ruido los pupitres, cada uno tomó sus libros y sus cuadernos; todos aquellos jóvenes, un instante ántes tan alegres y bulliciosos, guardaban silencio universal, y no se oía mas ruido que el de las plumas que corrian sobre el papel. Era éste un espectáculo verdaderamente encantador que me conmovió, y oí una voz que desde el fondo de mi corazon me decia: « Haz lo mismo, sé juicioso, » pero mi despreciable orgullo ahogó esta voz divina. El mismo maestro que en el patio me habia demostrado tanta indulgencia, me hizo sentar frente á un pupitre provisto de plumas, papel y tintero; y despues de cerciorarse en un momento de que por todas partes se trabajaba con orden, se llegó á mí con un libro en la mano, y presentándomele me dijo: « Vais á comenzar á aprender el latin; hé aquí los primeros elementos; copiad varias veces la primera página, y aprendedla de memoria. » Pronunció estas palabras con bondadoso acento, pero por mas que me alargaba el libro, yo no tendí mi mano para tomarle. « Tomadle, me dijo sonriendo; ¿acaso teneis miedo á este estudio que no habeis ensayado aún? » Si bien yo deseaba mostrarme revoltoso y desobediente, no queria tampoco pasar por un záfio, así es que le dije: « Caballero, recibo el libro, porque os habeis tomado el trabajo de traerle, pero todo es inútil porque no estudiaré. » Tomé el libro, que estaba abierto en la primera página, le cerré, y apoyando en él los dos

brazos, oculté mi cara entre las manos. De vez en cuando alzaba la cabeza, paseaba mis miradas por todos los discípulos con aire provocativo, ó miraba al maestro á hurtadillas para ver si mi conducta le irritaba; pero los discípulos no demostraban echar de ver que estaba yo allí, y en cuanto al maestro, visitaba los puestos de los colegiales para ayudarles en su trabajo, y sus ojos no manifestaban ni cólera ni sorpresa.

A poco rato entró el director en la clase; creo que mi maestro le habia advertido por medio de una esquila. Al verle sentí un ligero estremecimiento. Echó una ojeada por toda la clase y se acercó á mi puesto. Observé que queria hablarme y me levanté respetuosamente con los ojos bajos. « ¿Es verdad, Ernesto, me dijo, que no quereis trabajar? ¿Sabeis el pesar que vais á causar á vuestra madre? » Sentí un buen movimiento, conocí que iba á llorar, pero continué firme, me endurecí, y la lágrima que estaba próxima á correr, se detuvo en mis párpados; un sollozo convulsivo fué mi única respuesta. El director me miró con aire compasivo y se marchó. Me volví á sentar poseido de rabia, y puse de nuevo mi cabeza entre mis manos.

De este modo pasó todo el tiempo que duró la clase. A la hora de comer fuimos al refectorio, pero no quise tocar á nada.

Todo el dia obré del mismo modo, en abierta rebelion, sin querer escuchar en la clase, ni estudiar, ni comer ni jugar.

El director vino aquel dia á menudo á visitar los discípulos, creo que por mi causa. No cabia duda que padecia interiormente al ver mi comportamiento; yo tambien sufría, y aún hoy me estremezco al recordar aquel dia terrible. Estaba exasperado de tal manera mi carácter, y mi razon tan extraviada, que si me hubieran tratado con el rigor que merecía, hubiese llegado á ser un muchacho perverso en toda la extension de la palabra. Pero mi excelente director (cuya memoria venero profundamente) empleó otro método conmigo, y no se me escapaba que yo le ocupaba bastante.

Bajo mi exterior adusto, habia conocido que yo poseia sensibilidad ardiente é inclinaciones que podian llegar á ser buenas. Sus miradas buscaban con frecuencia las mias; leia en ellas tanta bondad y á la vez reproches tan severos, que sino hubiera estado realmente loco, no hubiera podido resistir.

Concluyó por fin aquel dia cruel y subimos al dormitorio. Si no comí al medio dia, tampoco toqué á la cena, aunque á la verdad, algunas golosinas que me habia dado mi madre me habian permitido aquella baladronada. Por lo demas parecia que nadie habia notado que yo no comia; y esta indiferencia aparente aumentó mi despecho, con lo cual tomé la atrevida resolucion de no acostarme, y sin desnudarme, me senté en la silla que estaba al lado de mi cama; nadie me dijo nada.

Pasé una noche terrible; dormí en la silla, si puede llamarse sueño el estado de entorpecimiento y estupor en que caia á veces, y durante el cual me acosaban espantosas pesadillas. Me despertaba á menudo sobresaltado, y entónces me infundia terror el aspecto de aquel vasto dormitorio alumbrado por la luz de un quinqué. Miraba con asustados ojos aquellas largas hileras de camas cubiertas con blancos cortinajes; luego, oyendo la respiracion tranquila y regular de todos aquellos jóvenes que dormian profundamente, me tranquilizaba y aquella calma que reinaba en mi derredor y que no obstante, tan léjos estaba de mi corazon, me causaba mas placer que envidia. Vertia abundante llanto, y mis lágrimas me consolaban algun tanto. Los buenos pensamientos comenzaban á apoderarse de mí; estuve tentado en desnudarme, acostarme como los demas, y levantarme al dia siguiente con ellos, sumiso, dócil y dispuesto á estudiar y seguir el régimen de la casa. Tal vez con la esperanza de que sucederia así me dejó mi buen director en paz y en completa libertad aquella noche, en vez de encerrarme en la sala de correccion como merecia; pero fué vana su esperanza, porque mi execrable orgullo ahogó mis buenos pensamientos. Cuando al dia siguiente bajé con mis compa-

ñeros á la clase, me hallaba extenuado de cansancio, pero tan obstinado como la víspera. Bien sentia en el fondo de mi alma que obraba mal; las reflexiones de aquella noche aciaga habian dado sus frutos, pues al paso que los castigos me hubieran agriado y me hubieran echo perder el juicio, gracias á la tranquilidad en que me dejaron, pude calmarme poco á poco. Comprendia que necesitaba instruirme; conocia que me era aún mas necesaria la educacion que la instruccion, y que si no me corregia causaria la desgracia de mi madre y la mia; pero puesto que habia comenzado á desempeñar mi papel, queria sostenerle. Así, pues, era tan indócil como el dia anterior y mas culpable, porque si extraviado la víspera por una especie de demencia no conocia mi falta, aquel dia la comprendia muy bien.

Ya unas veces dirigia miradas de desdeñoso orgullo sobre mis compañeros, ya las apartaba con afectado desden; ora trataba de sorprender en sus ojos alguna admiracion á mi valor, ó bien alguna secreta simpatia hácia mi desobediencia. Pero ¡triste de mí! solo leia en ellos la indiferencia ó la bondadosa compasion que inspira un enfermo. Habia creido erigirme en héroe ante sus ojos; mi orgullo habia soñado al papel de mártir, y eché de ver que desempeñaba el de un insensato.

No creo que se pueda sufrir mas de lo que yo padecí durante aquella terrible mañana; parecia que mi cabeza estaba rodeada por un círculo de fuego que la apretaba; mi imaginacion se trasportaba de uno á otro sueño, y mil cuadros pasaban sucesivamente por mi vista; ya unas veces creia ver que despedido por el director, volvía á casa de mi madre; veia á ésta afligida, enojado mi tutor, sin abrirme la puerta; los vecinos y amigos indignados contra mí, y veia al criado unciendo el caballo al carruaje para conducirme de nuevo al colegio, avergonzado, confundido y obligado á pedir humillante perdon.

Aquella especie de calentura que me abrasaba era como una crisis que debia curarme; y como habia previsto el director, favorecidas mis reflexiones por la profunda calma

que reinaba en torno mio, y los ejemplos de órden, de trabajo y de satisfaccion que tenia á la vista, todo debia contribuir á una reaccion saludable.

Cuando subimos al refectorio á la hora del medio dia ya se habia calmado un poco mi excesivo orgullo. Como el dia anterior no habia querido probar bocado, solo hallé en mi puesto pan y agua. Aquello era muy justo, pero sin embargo me irrité y con tono brusco dije al criado: « Que me sirvan como á todos. » El criado fingió no haber oido y pasó sin contestar.

Entónces el discípulo que estaba á mi lado me dió con el codo disimuladamente y me dijo de modo que nadie le oyera: « Háblale con mejores modos y te servirá; así es la regla. »

Al oír esto me conmoví, pues era la primera vez que un compañero me dirigia la palabra; su voz estaba llena de dulzura. Levanté los ojos y le miré; era un adolescente de mi edad, en cuyo semblante estaban retratadas la viveza, la jovialidad y la nobleza de su alma. Su fisonomía no expresaba ironía ni desden, ni aun la compasion poco lisonjera que los demas manifestaban; solo ví franqueza y lealtad. Aquel jovencito se llamaba Alfonso, y supe tiempo despues que el director le habia puesto á mi lado con la sagrada mision de ejercer en mí su influencia por medio de la confianza y de la amistad; mision propia de un ángel, y Alfonso lo era, en efecto, por su carácter encantador y la pureza de su corazón.

Desde aquel instante conocí que seríamos buenos amigos. Mi orgullo me impedia seguir desde luego su consejo, pero temiendo pasar á sus ojos por un niño mal criado, y por no perder su estimacion, no sin violentarme, dije con buenos modos al criado á tiempo que pasaba: « Haced el favor de servirme como á todos. — Con mucho gusto, señorito, » respondió. Noté que Alfonso estaba satisfecho, y comí entónces tranquilamente. A toda esto parecia que no habian observado nada los colegiales ni el director, que presidia la mesa.

Al salir los estudiantes del comedor, se esparcieron por el patio y entablaron toda clase de juegos. Alfonso se privó de esta diversion, que sin embargo amaba con todo el ardor de su edad, y tomándome amistosamente del brazo, se paseó conmigo por un sitio algo apartado durante el tiempo del recreo.



Hora de recreo.

¡Cuánto bien me hizo aquella conversacion, y qué saludable impresion produjo en mi ánimo! Nada se habló respecto á mi insensata conducta, de la que me ruborizaba ya en secreto; mi nuevo amigo evitaba las preguntas que hubieran podido parecer reproches á mi susceptible orgullo. Hablamos de los lugares y de los placeres de nuestra infancia, yo de mi querida madre y él de sus padres. ¡Oh cuánto los queria! ¡Y cuánto le animaba en sus estudios el deseo de agradecerlos! Al escucharle sentia que volvia yo á la senda del bien y me daban deseos de imitarle. Tambien hablamos del colegio; me habló del director con respetuosa veneracion y demostraba cariñoso agradecimiento para con los maestros. Concluyó el recreo, que como era juéves, habia durado dos horas que fueron para mí un minuto.

¡Qué bien conocia aquel digno director el corazón de la juventud, pues para volver al deber á mi ánimo extraviado, me habia enviado un amigo en vez de imponerme castigos!...

Despues del recreo de medio dia, acostumbraba el director á dirigir una plática moral á sus discípulos, y apro-

vechaba aquella ocasion para distribuir los elogios ó las reprensiones que cada uno merecia.

Esta circunstancia, que conocia yo bien, me inspiraba una especie de miedo mezclado con un resto de indocilidad. Cuando entró en la sala el director y subió á la cátedra, su fisonomía denotaba calma, pero severidad al mismo tiempo; me parecia que yo era su objeto exclusivo, y temia sus terribles amonestaciones, una humillacion pública contra la que se sublevaba mi orgullo de antemano. Así fué, que temblé en cuanto tomó la palabra, y mi corazon latia con violencia. Alfonso, que estaba á mi lado, lo notó y me apretó la mano lijeramente; recobré algun valor, pero con todo, el profundo silencio que reinaba entre aquella juventud atenta y respetuosa, me infundia espanto; me parecia que, uniéndose todas las voces á la de nuestro superior, gritaban á mi oido estas palabras: « ¡Ingrato, desobediente, rebelde! » Pero me preparaba yo á arrostrar el anatema, pues en medio de los buenos pensamientos que Dios sin duda me inspiraba, oia rugir dentro de mi alma el murmullo de mi altanero orgullo.

Mis temores no se realizaron; el director no encaminó su discurso directamente á mí y se expresó en términos generales; pero toda su alocucion, inspirada por su cariñosa compasion, se aplicaba al jóven insensato que tanto la necesitaba. Tomó por texto estas palabras del Evangelio: *No lite obdurare corda vestra*¹, y nos habló con afectuosa y apasionada elocuencia de la dureza del corazon y del arrepentimiento; pintó con vivos colores la irremediable desgracia del jóven que se obstina en el mal, cerrando sus oidos á la voz divina; nos hizo ver cuán desconsoladoras son las lágrimas que hace derramar el arrepentimiento y cuánta dicha sienten los que vuelven al camino de la virtud que ántes dejaron. Sus palabras llegaban hasta mi corazon como aceradas puntas y así, mi tenacidad, indocilidad y orgullo, todo fué reducido á polvo. Las ideas nobles y san-

1. Estas palabras latinas significan: « Que no se endurezcan vuestros corazones »

tas se apoderaron de mí con increíble fuerza, y ardian ya en deseos de demostrar á semejante maestro que yo era digno de sus lecciones.

Habia concluido de hablar y me parecia oírle todavía. Alfonso me dijo despues que en aquel instante estaba yo como transfigurado, y que mis compañeros habian observado como una luz celestial en mi semblante que poco ántes conservaba las huellas de los malos instintos.

Apénas nos dejó nuestro director, bajo la influencia de sus nobles y persuasivas palabras, me apresuré á reparar el mal ejemplo que habia dado, y conteniendo los sollozos que me ahogaban, cogí mis libros. En aquel momento me llamaron de parte del director, y me condujeron á su gabinete. Ignoro por donde fuí, pues una nube cubria mis ojos. Llegado á su presencia, corrí hácia él sollozando, derramando copioso llanto, y exclamé: « ¡Oh, cuán perverso he sido! ¡Qué culpable soy! » Me recibió en sus brazos, me estrechó contra su pecho, y una lágrima, sí, estoy seguro, una lágrima se desprendió de sus ojos venerables y se mezcló con las mias.

Le pedí que me impusiera el castigo, pero lo juzgó inútil y me perdonó. Me habló de Dios, de mi madre, y salí consolado de su gabinete, con buenos propósitos y esperanzas.

Dejándome mi maestro entregado primero á mis reflexiones, confiándome luego á la tierna solicitud de la amistad, y dirigiéndome por último el lenguaje del sentimiento y de la razon, triunfó de una altanería contra la que hubieran sido impotentes todos los esfuerzos.

Desde aquel dia no hubo colegial mas dócil que yo. Llevé á cabo mis estudios con rapidez y lucimiento, pues ya no tenia mas deseo que el de dar gusto á mi madre cumpliendo con mi deber, y el de mostrarme digno de tener á tal hombre por maestro y á Alfonso por amigo.